

comun? La ley de Dios, y por consiguiente su voluntad soberana es, que el hombre viva en sociedad con sus semejantes. Para humillarnos, haciéndonos conocer nuestra debilidad personal y la dependencia en que estamos de los demás; para hacernos caritativos y generosos, viendo que los bienes deseados no los podemos obtener por nosotros solos, sino juntos con nuestros hermanos; y para hacernos, por último, mas y mas semejantes á aquella infinita bondad, que no puede vivir sola porque su gloria y su vida consisten en dar; por todo esto, Venerables Hermanos, ha querido el Señor criar al hombre en sociedad, y no permitirle vivir fuera de ella. Nuestras fuerzas se multiplican cuando nos asociamos, y á la sociedad concede Dios bienes que, los individuos aislados no podrían alcanzar, pero ni siquiera desear, ni conocer.

Y si esto pasa en el órden de la naturaleza, una ley análoga debe regirnos en el órden sobrenatural. La Iglesia es la gran sociedad de los hijos de Dios, y no nos podemos salvar fuera de ella. Nosotros fuimos redimidos por la sangre preciosa del Redentor, que se dió así mismo, como nos lo enseña el Apóstol, para hacer de nosotros un Pueblo particularmente consagrado á su servicio, y fervoroso en el bien obrar. *Ut mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum.* (1)

De aquí es que, nuestras oraciones nunca tienen mayor fuerza que cuando las hacemos en nombre de la Iglesia. Reunimos entonces nuestras voces, débiles cada una por separado, y formamos con ellas una gran voz, que es como el inmenso clamor de todo el pueblo escogido caminando todavía por el desierto; es el grito poderoso de toda esa nación santa, investida del Sacerdocio real, que no puede menos que penetrar hasta los oídos de nuestro misericordioso Padre que está en los Cielos.

18. Y aun en aquella petición, modelo celestial que nos legó Nuestro Divino Maestro para que orásemos con perfección, en aquella fórmula sagrada en que, según la expresión de San Agustín, el celestial Jurisperito nos dejó escrita la mejor manera de obtener justicia y gracia en el Tribunal de Dios, encontramos esta misma verdad, es á saber: que nuestra oración debe tener un carácter social, y que cada uno ha de pedir no solo por sí, sino por toda la inmensa familia de que él es miembro, y á cuyo Padre se dirige. He aquí, nos dice, como debéis orar: "Padre nuestro que estás en los Cielos... el pan nuestro de cada día dánosle hoy... perdónanos nuestras deudas. No nos dejes caer en la tentación; mas líbranos de mal." *Sic orabit: Pater noster... panem nostrum... da nobis... Dimitte nobis debita nostra* (2). No decimos Padre mio, observa San Cipriano, sino Padre nuestro; no decimos dame, sino danos, porque el Doctor de la unidad no quiso que cada uno rogase únicamente por sí, sino que rogase por todos. *Ideo non dicimus Pater meus, sed noster; nec da mihi, sed da nobis, quia unitatis Magister noluit privatim preces fieri, ut scilicet quis pro se tantum precetur.*

19. Atendiendo á estas consideraciones, el Apostolado exige que las oraciones de sus miembros vayan siempre unidas á lo ménos en un mismo fin y en una misma intención, á cuyo efecto el Director Diocesano dirige periódicamente las intenciones de los asociados, como lo vereis, Venerables Hermanos, cuando conozcais detallada-

(1) D. Paul. ad Tit. cap. II v. 14.

(2) Math. VI. v. 9. et seq.

mente la organización del Apostolado. Porque, aspirando á dilatarse y á extenderse y habiéndose propagado efectivamente, por una visible protección de Dios, por toda la tierra, no pudiendo unir á sus miembros físicamente, los congrega por lo ménos en los fines y en las intenciones.

20. Mas para que este lazo no fuese débil, y se rompiese con facilidad, sino por el contrario vigoroso, y estrechísimo sobre toda manera, como convenia á la unidad indisoluble y para siempre duradera en que anhelaba constituirse, ha escogitado un medio tan eficaz y tan divino, que no puede ménos que tenerse por inspirado por Dios Nuestro Señor, para encender en este mundo, ya casi convertido en cenizas áridas y heladas, la llama vivificante de su amor, próximo al parecer á extinguirse. Será lo último que os expliquemos, Venerables Hermanos, y amados hijos; pero suplicandoos ántes, que fijéis sobre ello fuertemente vuestra atención; porque lo que vamos á decir, á la vez que explica la naturaleza íntima del Apostolado de la Oración, es altamente edificante, dulce y consolador para todos.

21. Era ciertamente una dificultad para el Apostolado, y no pequeña, sino humanamente invencible, la de unir á hombres de todas las partes del mundo, en la unidad estrecha, pero interior y puramente espiritual de una misma intención en las obras y en las oraciones. En la vacilación constante de nuestros deseos, en la multitud tan variable de nuestras necesidades y en la ignorancia de nuestras oraciones, en las que no sabemos casi nunca lo que debemos pedir; sin un símbolo comun, sin una enseña alta y visible para todos desde las estremidades de la tierra, era una pretención estraña, por no decir absurda, la de unir á los hombres todos en una misma petición, en un mismo deseo. El pueblo Israelita tuvo en el desierto la serpiente de metal, hácia la cual debían todos volver sus ojos para ser salvos de las mordeduras de las serpientes venenosas: después, en la tierra de promisión, los hijos de Jacob tuvieron un templo elevado sobre el monte de Sion, hácia el cual miraban siempre para ser oídos. ¿Cual será, pues, la enseña comun de los cristianos? ¿Cual será el Templo único y sagrado hácia el cual debemos mirar para ser escuchados por nuestro Dios? ¡Ah! esta enseña del nuevo Pueblo no es otra, que aquella víctima santa, exaltada y sacrificada en la Cruz; ese Templo no es otro, que el Templo único y excelente de la humanidad sacratísima de Nuestro Señor Jesucristo, en la cual quizo encerrarse toda la divinidad y la magestad del Verbo Divino, para habitar en ella corporalmente como dice San Pablo. (1)

22. A esta enseña pues, y á este Templo debemos mirar los cristianos si queremos ser oídos en nuestras oraciones, y el Apostolado de la Oración nos invita á reunirnos allí y pone entonces en nuestros lábios, y sobre todo, en nuestros corazones, una misma plegaria, que será tanto mas eficaz, cuanto mas estrecha sea la union que tengámos con Jesucristo. Porque no ignorais, Venerables Hermanos, y es este un punto capital de nuestra fé, que ninguna oración es agradable á Dios, sino aquella que va acompañada con la oración omnipotente de Jesucristo. El es Dios, y no hay otro Dios fuera de él. Yo soy el camino, dice, y fuera del camino no hay mas que sendas perdidas. Nuestras oraciones deben apoyarse en algun mérito, y todo mérito viene de Jesucristo, *de cuya plenitud recibimos todos.* (2) Necesitamos un in-

(1) Ad Colossen II v. 9

(2) Joan, Cap. I v. 16.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tollez

tercesor que presente á Dios nuestras peticiones, y no hay mas mediador que el mismo Jesucristo: *Unus mediator Dei et hominum*; (1) necesitamos un sacerdote que ore por nosotros, penetrando hasta el trono de Dios, y solo Jesucristo penetró en el Sancta Sanctorum de los cielos, llevando en sus manos la sangre de la redencion: *Introivit semel in Sancta, aeterná redemptione inventá*. (2) Cualquiera otro Sacerdote ó intercesor, ó no es verdadero, ó ha recibido de Jesucristo su mision. Por esta causa asegura San Agustín, que aquel que orare excluyendo de su oracion á nuestro Señor Jesucristo, como pretenden aquellos que, desechando culpablemente la religion revelada, quieren crearse un culto natural y filosófico, en que ellos, miserables y pecadores! se entendieran directamente con Dios, estos, dice el Santo Doctor, en vez de agradar á Dios, cometerian un crimen merecedor de un espantoso castigo.

23 Ni basta que nuestra oracion sea hecha por Nuestro Señor Jesucristo, sino que es además indispensable que se haga en Jesucristo, en quien plugo al Padre de las misericordias unirnos á todos con los lazos de la mas exquisita caridad. Porque nuestras oraciones por perfectas que fuesen, ¿qué podrian valer delante de Dios, sino viera al fin en ellas mas que obras humanas, solicitando el don de la gracia, con la cual todas las riquezas de la naturaleza estan en una desproporcion infinita? Si habian de ser oidas, si habian de merecer la gracia y la gloria, era preciso que nuestras oraciones, así como todas nuestras obras, tomaran un carácter divino, se divinizaran en sí mismas, para que de esta suerte, Dios tratara en nosotros con Dios; es decir, el Hijo con el Padre, el negocio, divino tambien, de nuestra salvacion. Era necesario, Venerables Hermanos, que Dios se uniese á nosotros de tal suerte, que nuestras obras fueran obras de Dios, y nuestras oraciones, oraciones de Dios, y nuestros suspiros y nuestros sufrimientos, y nuestras lágrimas, lágrimas tambien y sufrimientos y suspiros de Dios. Que Dios se hiciera con el género humano, una sola masa, segun la expresion de la Escritura, *Conglutinatus est Dominus patribus tuis*: (3) Masa humana, masa terrena, pero mezclada con una levadura divina, que le diera vida y fortaleza. Era necesario que Dios fuese nuestro hermano, teniendo con él una misma sangre: y mas que nuestro hermano, nuestro padre, por haber recibido de él la sangre y la vida; y mas que nuestro padre, nuestro esposo, estando unidos á él con los vínculos estrechísimos de la caridad; y mas que nuestro esposo, nuestro alimento, dándonos para sustentarnos su carne y su sangre y con ellas su aliento y su espíritu; y mas que nuestro alimento, nuestra vida, para que en él viviésemos y dentro de él estuvieran nuestros movimientos y nuestra misma existencia; *In ipso vivimus, movemur et sumus*. (4) Y gracias á la misericordia infinita de nuestro Dios, que nada ha querido economizar de lo que fuera necesario ó conveniente para nuestra salud, todos esos prodigios estupendos, se han realizado con estupor de la naturaleza y con asombro de los Angeles. Por mas que nuestra razon no lo comprenda, vivimos todos en Cristo, que no sería el nuevo Adán, si no estuviéramos en él todos, como estuvimos en nuestro primer Padre. Tenemos con él, y en él una unidad tan perfecta, que somos carne de su carne, y hueso de sus

(1) Ad Tim. II. v. 5.
 (2) Ad Heb. c. IX, v. 13.
 (3) Deut. X. 15.
 (4) Act. XVII. 28.

huesos, una vez que no somos con él, mas que un cuerpo, como no teme afirmar el Apóstol: *Unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus*. (1) El primer Adán recibió un espíritu de vida, mas el segundo Adán fué creado con espíritu vivificador: *Factus est... novissimus Adam in Spiritum vivificantem*. (2) En él, pues, está la vida, y así como el vive por el Padre, de quien procede, así nosotros que participamos de su carne bendita, vivimos por él: *Ego vivo propter Patrem, et qui manducat me et ipse vivet propter me*. (3) Es decir, que vivimos de su misma vida, que su espíritu es nuestro y que aquel aliento poderoso que le resucitó de entre los muertos, vivificando por ahora nuestras almas, y reservándose para algun dia vivificar tambien estos cuerpos mortales que se han de revestir entónces de la inmortalidad y de la incorrupcion, habita en nuestras almas, y las hace participantes de la naturaleza divina.

24. En el fondo del alma del verdadero cristiano brotan sentimientos tan altos y tan puros que son los mismos del alma novilísima de Jesus: *Hoc sentite in nobis quod et in Cristo Jesu* (4) Siente que es hijo de Dios y que hay en él algo que descendió del Cielo y que tiende hácia el Cielo como á la casa de su Padre, *Accepistis Spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: (Abba Pater)*. (5) Desea gozar, pero no los bienes de la tierra, sino los bienes del Cielo: en ellos espera, y como solo en ellos piensa, solamente de ellos sabe hablar: *Nostra autem conversatio in caelis est*. (6) Allí la espera, no el deleite de la carne, no la alegría de los Angeles, sino el gozo inefable de su Señor. *Intra in gaudium Domini tui* (7) y Cristo está esperándole para sentarle, como á hermano en su mismo trono, *Dabo sedere mecum in throno meo*. (8) Y mientras peregrina en la tierra, mientras no suena la hora del descanso, sufre, es cierto, y padece, pero sufre en Jesucristo, cuya pasion completa él con sus sufrimientos, *Adimpleo quae desunt passionum Christi*. (9) Finalmente, si estos dolores de la tierra le hacen llorar y gemir, es el Espíritu de Cristo quien en él clama y pide, con gemidos que no oyen los oidos mortales, pero que penetran las nubes y enternecen el Corazon de Dios, que reconoce desde el cielo la voz suplicante de su hijo, á la cual no sabría resistir: *Ipse autem Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus*. (10) Tan cierto así es que el verdadero cristiano se une á Jesucristo con una union tan estrecha que parece ya difícil distinguirlos. *Conglutinatus est Dominus patribus tuis*. (11) Por consiguiente, si el Espíritu de Cristo no habitase en nosotros, si no diese á nuestras oraciones la voz omnipotente de sus clamores, ¿Qué seriamos ante Dios si nó sordos y mudos; cadáveres impotentes privados del espíritu y consiguientemente de la vida? Todavía más: las acciones de los miembros, cuando se hacen independientes de la cabeza, cuando mas que movimientos racionales no son mas que convulsiones desor-

(1) 1 Cor. X. 17.
 (2) 1 Cor. VI. 45.
 (3) Joan. VI. 58.
 (4) Philip. II. 5.
 (5) Rom. VIII. 15.
 (6) Philip. III. 20.
 (7) Math. XXV. 22.
 (8) Apoc. III. 21.
 (9) Colos. I. 24.
 (10) Rom. VIII. 26.
 (11) Dent. X. 15.